

13. Hospedar la gloria del amor como fenómeno originario. De la estética teológica a la fenomenología del don

CECILIA AVENATTI DE PALUMBO

La fecundidad de un encuentro

Cuando en *La rigueur des choses*,¹ Dan Arbid le preguntó a Jean-Luc Marion acerca de Hans Urs von Balthasar, su respuesta fue ponderativa, precisa, directa: "Era un personaje fuera de lo común. Un hombre que, a los treinta años, había defendido su tesis con Romano Guardini sobre *El apocalipsis del alma alemana*: dos volúmenes, mil páginas; ¡todo, de Lutero a Rilke!"² El entonces joven filósofo de veintisiete años y el teólogo consagrado de setenta se habían encontrado durante el verano de 1974 en el zoológico de Basilea, para lanzar la edición de la revista *Communio* en lengua francesa, "sin un centavo, sin ninguna competencia reconocida, sin apoyo institucional".³ No era una revista de teología —recuerda Marion— ni piramidal ni centralizada, sino una confederación internacional de revistas que trataba temas de cultura, multidisciplinar, abierta a las realidades económicas y políticas, donde escribían

1 MARION, Jean-Luc, *La rigueur des choses. Entretiens avec Dan Arbid*, Flammarion, Paris, 2012.

2 Ibid. p.49.

3 Ibid. p.47.

laicos, universitarios, mujeres, gente joven.⁴ Balthasar fue el inspirador y fundador de todas las ediciones; la francesa continúa hasta el día de hoy; Marion completa su evocación, describiéndolo como un:

[...] espíritu enciclopédico, verdadera y profundamente espiritual, escotea superdotado, produjo una obra que dominó no solamente su época sino la futura, todo lo cual, según mi opinión, lo eleva a la estatura del más grande teólogo católico de la época moderna. Su autoridad humilde y casi tímida le valió numerosos alumnos, pero ningún discípulo. [...] Cuando se compare a la mayoría de los universitarios laicos con los teólogos de aquel tiempo, no hay absolutamente punto de referencia posible: los teólogos de aquel tiempo practicaban íntegramente la multidisciplinariedad. Conocían las lenguas, la filosofía, la teología, la literatura, y, por supuesto, la Biblia. Balthasar conocía también admirablemente la música. [...] Semejante escenario calma toda pretensión.⁵

Imposible separar en él figura y obra, vida y pensamiento. Entre líneas advertimos en Marion la nostalgia por la desaparición de semejante talla en la generación de los teólogos que lo sucedieron a él y a los otros grandes del siglo XX, que se destacaron —cada uno desde su singularidad— por su empeño en el diálogo con la cultura: Karl Rahner, Henri de Lubac, Jean Daniélou, Karl Barth. A las varias retrospectivas escritas por el mismo Balthasar, se fueron sumando biografías e investigaciones para discutir sus propuestas y desplegar las intuiciones apenas insinuadas, de cuya evolución y crecimiento da cuenta la página de la red que reúne y actualiza el interés que continúa despertando a treinta años de su muerte.⁷ Antes de abordar el tema específico que se me pidió desarrollar —la influencia de su estética teológica en la génesis del fenómeno saturado de Marion—, trazaré un esbozo de su fecunda figura.

Hans Urs von Balthasar nació en la ciudad de Lucerna el 12 de agosto de 1905 en el seno de una familia de arraigo ancestral, que lo cobijó otorgándole un amplio espectro de posibilidades culturales, pero que, sobre todo, significó un espacio de amor donde se gestó la experiencia primordial de donación recíproca, que más tarde sería la matriz de su teología. Desde niño se inclinó a la música, lo cual configuró la base de un modo de pensar rítmico y de agudos contrastes. La belleza de la forma artística encontró en las humanidades y

4 Cfr. *ibid.*, pp. 46-47.

5 También existe desde 1994 una edición argentina de la revista *Communio*: cfr. <http://www.communio-argentina.com.ar/> [Consultado: 26 de marzo de 2020].

6 MARION, Jean-Luc, *La rigueur des choses*, op.cit., p. 50.

7 La bibliografía secundaria sobre Hans Urs von Balthasar se encuentra en red en http://www.johannes-verlag.de/jh_huvb_sekund.htm [Consultado: 26 de marzo de 2020].

las lenguas clásicas, que aprendió durante el *Gymnasium*, un ámbito apropiado para su despliegue. La puesta en escena de *El gran teatro del mundo* de Calderón, a la que durante años asistió como espectador en Einsiedeln junto con su madre, dejaría también una huella imborrable en su memoria. La opción universitaria por la literatura germánica selló el pilar estético que será años después el signo distintivo de su modo de conocer —en lo concreto lo universal— y que hará de la gloria y del drama la fuente de su originalidad teológica.

Con la segunda juventud llegaría el llamado de Dios al que respondió con una opción radical ingresando a la orden fundada por san Ignacio de Loyola. En la “patria jesuita” descubrió la sintonización como libre obediencia al amor personal, la disponibilidad a la acción del Dios siempre mayor, que luego ubicaría en el centro de su estética, donde la belleza aparece no como “el” superlativo, sino como “un” comparativo dinámico que manifiesta el siempre más del ser, en constante sorpresa y renovación.⁸ El universo de una escolástica decadente y manualística no sólo no logró ahogar la potencia de la experiencia, sino que lo impulsó a una renovación profunda de la teología. En este aspecto, resultó determinante el encuentro durante sus estudios en Lyon con Henri de Lubac y Erich Przywara, quienes le abrieron las puertas para pensar al Dios vivo redescubierto por los estudios patristicos (Orígenes, Máximo y Gregorio de Nisa), para adquirir una mirada crítica sobre la metafísica tras las huellas de Husserl, Scheler, Blondel y Heidegger, y, finalmente, para conocer a los grandes escritores franceses como Paul Claudel, Georges Bernanos y Charles Péguy.

Con Karl Rahner compartió sus primeros años como teólogo en Alemania: allí colaboraron en la revista *Stimmen der Zeit* y trabaron una amistad que se mantuvo más allá de las posteriores diferencias. El comienzo de la guerra lo obligó a retornar a Suiza. Ya en Basilea, se dedicó a la tarea pastoral entre los estudiantes, no a la docencia universitaria. En 1940 se produjo el encuentro con la médica Adrienne von Speyr (1902-1967) que fue la piedra de toque de su camino: en la mística objetiva halló la inspiración decisiva para la configuración de su Trilogía, su obra mayor, compuesta de diez mil páginas, en la que teología y santidad ya no se separarían. Para desplegar el llamado a la misión conjunta centrada en el carisma laical del Instituto San Juan, en la teología trinitaria del sí y en el misterio del Sábado Santo, debió abandonar la Compañía de Jesús. A partir de entonces su producción como escritor y sobre

8 Cfr. BALTHASAR, Hans Urs von, *Teológica I. Verdad del mundo*, trad. L. Piossek y J.P. To-saus, Madrid, Encuentro, 1997, pp. 216-217.

todo como editor creció de modo exponencial. La Johannes Verlag que fundó y dirigió, se convirtió en un ingente instrumento de irradiación cultural: allí publicó la mayoría de sus libros, los de Adrienne von Speyr, las traducciones de los autores patristicos, las obras de los más destacados filósofos y teólogos junto a las de los grandes místicos, poetas y dramaturgos de la tradición europea. La renovación de la teología marchó a la par del Concilio Vaticano II, al que no fue convocado. Luego sobrevino el tiempo de los reconocimientos. Durante los últimos veinticinco años fue publicando sin descanso uno tras otro los tomos de la Trilogía: *Gloria*, nombre propio de su *Estética teológica*, *Teodramática* y *Teológica*. El *Epílogo* vio la luz en 1987, un año antes de su muerte, la que aconteció en la víspera de su viaje Roma para recibir la dignidad de cardenal durante la madrugada del 26 de junio de 1988.

El amor como fenómeno originario de la estética teológica

El todo en el fragmento no es sólo el título de uno de sus libros,⁹ sino un principio metodológico que proviene de su modo estético de “ver, valorar e interpretar” lo que aparece como una figura. Este es el instrumento decisivo e insustituible que debe a Goethe, el gran poeta alemán. Dicho brevemente, en la figura estética el fondo aparece realmente, se hace visible lo invisible en la luz que irradia desde sí, de modo que para ser epifanía de lo absoluto, la figura no debe renunciar a su condición concreta e histórica. Siguiendo su método, abordaremos las tesis teológicas centrales de su estética y dramática teológicas, a partir del fragmento final de su prolífico corpus:¹⁰ el pequeño libro titulado *Si no os hacéis como este niño*, de publicación póstuma. Aquí el núcleo de su estilo teológico se manifiesta de modo sintético, al igual que sucede en algunas obras de arte que juzgó representativas de su modo de hacer teología.

A fin de dar respuesta a la pregunta por las condiciones de posibilidad del encuentro entre Dios y el hombre, la teología del siglo XX trazó dos caminos: mientras K. Rahner se centró en las condiciones del hombre, la precomprensión trascendental del donatario, Balthasar puso su foco de atención en el Dios que revela, en su propia autoevidencia, la donación recíproca de su ser trino, en quien don y donante coinciden. Al ponderar ambas opciones, Ma-

9 Cfr. BALTHASAR, Hans Urs von, *El todo en el fragmento*, trad. M.M. Leonetti, M. Montes, Madrid, Encuentro, 2008.

10 Cfr. http://www.johannes-verlag.de/jh_huvb_bibliographie.htm [Consultado: 26 de marzo de 2020].

Marion se inclinó por la segunda, destacando la influencia que ejerció sobre él y su generación la lectura de la *Estética teológica* del suizo. Así lo plantea en la entrevista mencionada:

Dan Arbid: La lectura de *La Gloria y la Cruz* ¿ha sido entonces decisiva para usted?

Jean-Luc Marion: Decisiva. Fue Jean-Marie Lustiger quien, en pleno Mayo del 68, me dijo: "Lea con urgencia a Balthasar". Y así lo hice. Por lo demás, en 1968 era numeroso el grupo en torno a la lectura de Balthasar, no solamente los católicos, sino también Emmanuel Maréchal o Jean-François Courtine. Lo leíamos como el teólogo que definía las condiciones concretas [...] de la autorrevelación de Dios. Esta definición fue decisiva porque la figura de la Revelación se fija entonces a partir de su dimensión trinitaria y se inscribe en nuestra experiencia, no siempre para llevarla a cumplimiento (el famoso "humanismo cristiano") sino con frecuencia para contradecirla. Esta contradicción entre la Revelación y la experiencia constituye el centro de la paradoja de toda revelación.¹¹

Éste es el núcleo de la deuda de Marion respecto a Balthasar, cuyas intuiciones desarrollará dando el paso de la autorrevelación trinitaria de Dios a la fenomenología del don. En el fenómeno doblemente saturado de la revelación, Marion propone la pura forma del llamado como el lugar donde se da y se manifiesta la respuesta existencial del hombre, haciéndola visible en la experiencia del testigo, que la nombra interpretándola como imprevisible, deslumbrante e insoportable a la mirada, saturada de sufrimiento e inmirable.¹² La saturación del fenómeno Cristo conduce más allá de la teología negativa, y de la misma intuición fenomenológica o de su carencia: paradoja de paradojas lleva a su término la fenomenalidad de lo que no se muestra sino en tanto que se da. Llegado a este punto, la referencia de Marion a Balthasar es explícita, en tanto fenomenológicamente el teólogo comprende el contenido de la figura estética como acción donante.¹³

En "La Crucifixión", del pintor alemán renacentista Matthias Grünewald —que constituye la tabla central de retablo de Issenheim, elaborada entre 1512

¹¹ MARION, Jean-Luc, *La rigueur des choses*, op.cit., pp. 51-52

¹² Cfr. MARION, Jean-Luc, *Étant donné. Essai d'une phénoménologie de la donation*, Paris, Presses Universitaires de France, 1997, pp. 325-335; SCANNONE, Juan Carlos, "Los fenómenos saturados según Jean-Luc Marion y la fenomenología de la religión", *Stromata* 61 (2015) pp. 1-15, aquí pp. 8-10.

¹³ Cfr. MARION, Jean-Luc, *De surcroît. Études sur les phénomènes saturés*, Paris, Presses Universitaires de France, 2001, pp. 31-34.

y 1516, del cual Balthasar tenía una reproducción en su escritorio—, hallamos representado su modo de concebir la teología como testigo y hermeneuta en el dedo de Juan Bautista, cuya misión es apuntar hacia el fenómeno saturado de donación, que es el mismo Jesucristo. En Él la forma da testimonio del contenido, el Padre, expresándolo en la irradiación y donación de amor en la circularidad del tercero, el Espíritu Santo.¹⁴

La gloria bíblica como *kabod*, del hebreo entrañas de Dios manifestándose, es vista desde la Pascua como vaciamiento, figura de donación *kenótica* del Dios trino, que saliendo de sí manifiesta así su amor al mundo. Desde el punto de vista estético teológico el contenido de la figura es la acción del amor de Dios: dramático en tanto actúa en la historia dinámicamente como revelación en el ocultamiento.¹⁵ La gloria de la figura se consume en el drama que se establece entre la libertad infinita y la finita, cuando el ser humano es llamado a descubrir y realizar como “testigo” su misión sobre el escenario del mundo: éste es el lugar donde acontece la exégesis de Dios por la acción del Espíritu en la palabra humana, la que de este modo deviene testimonio existencial de la Palabra divina.¹⁶

Ahora bien, en la mirada sintética de *Si no os hacéis como este niño*, Balthasar da un paso más allá de sí cuando postula que el centro de la revelación no es el Misterio Pascual sino la “filiación”, que por su fundamento trinitario es transversal a toda su obra.¹⁷ Este acento final es altamente significativo a la hora de establecer un diálogo con la fenomenología del don, dado que aquí emerge como la clave de bóveda su intuición primera: el paso del “tú humano” al “tú divino” a partir del vínculo fundante de la relación entre la madre y el hijo. Con fuerza renovada esta *analogia donationis*¹⁸ permite abrir el círculo de la recepción de su pensamiento estético y dramático hacia la hospitalidad

14 Cfr. BALTHASAR, Hans Urs von, *Solo el amor es digno de fe*, trad. C. Vigil, Salamanca, Sígueme, 1988.

15 Cfr. BALTHASAR, Hans Urs von, *Gloria. Una estética teológica 1. La percepción de la forma*, trad. E. Saura, Madrid, Encuentro, 1986, pp. 393-411.

16 Cfr. BALTHASAR, Hans Urs von, *Teodramática 1. Prolegómenos*, trad. E. Bueno de la Fuente y J. Camarero, Madrid, Encuentro, 1990, pp. 465-475; *Teodramática 2. Las personas del drama: el hombre en Dios*, trad. E. Bueno de la Fuente y J. Camarero, Madrid, Encuentro, 1992, pp. 175-285; *Teodramática 3. Las personas del drama: el hombre en Cristo*, trad. E. Bueno de la Fuente y J. Camarero, Madrid, Encuentro, 1993, pp. 243-262.

17 Cfr. BALTHASAR, Hans Urs von, *Si no os hacéis como este niño*, trad. M. Villanueva Salas, Barcelona, Herder, 1989, pp. 75-84.

18 Cfr. MEIS, Anneliese, “Analogia donationis. La teología de lo absoluto en la obra de Hans Urs von Balthasar”, *Teología y Vida*, 49 (2008), pp. 157-192; CASARELLA, Peter, “Analogia donationis. Hans Urs von Balthasar on the Eucharist”, *Philosophy and Theology* 11, 1 (1998), pp. 147-177.

del amor que recibe donándose en reciprocidad relacional originaria.

La hospitalidad trinitaria y la gloria de la filiación

Cuando en 1947 escribe *Wahrheit der Welt* –traducido al francés como *Phénoménologie de la Verité* (1952) y al español en edición argentina como *La esencia de la verdad* (1955)– el boceto de su pensamiento está planteado de raíz: verdad como conocimiento, libertad, misterio y participación, escrito en diálogo con Tomás de Aquino y Heidegger. Elijo uno de los pasajes en el que propone una fenomenología del don:

El conocimiento, en tanto es la reciprocidad y complementación de sujeto y objeto, sigue siendo para ambos un suceso inesperado y en modo alguno derivado de ellos. [...] Así como un huésped que llega a una casa extraña no sabe cómo lo recibirán y cómo será tratado, tampoco el objeto del conocimiento sabe de antemano cómo le irá en el ámbito extraño del sujeto. Ambos se realizarán con su encuentro, pero la realización tendrá para ambos el carácter de un prodigio, de un don. Su encuentro los revelará el uno al otro, pero en la revelación del otro estará al mismo tiempo para ambos la revelación de sí mismos que no puede realizarse sino en el otro.¹⁹

El acontecer de la verdad sucede en la experiencia misma de la hospitalidad recíproca, comprendida como donación y vaciamiento de sí en el espacio del amor. Huésped es tanto el que es recibido como el que recibe. Ambos son extraños el uno respecto del otro y, en consecuencia, los roles son intercambiables y circulares.²⁰ El *quid* de la hospitalidad es la sorpresa que suscita la irrupción de lo inesperado. Estas son las semillas que fructificarán en la *Estética teológica* cuyos siete volúmenes vieron la luz durante la década del sesenta. En la “Mañana” del pintor romántico alemán Phillipp Otto Runge (1777-1810), Balthasar halla expresada la Palabra de Dios en el “ícono” del Hijo hecho hombre, indefenso y vulnerable. El misterio de la infancia consiste en que cada niño empieza en el mismo punto de la novedad absoluta del ser, en el asombro absoluto de ser recibido por la sonrisa materna: la indisponibilidad fenomenológica del origen.²¹

¹⁹ BALTHASAR, Hans Urs von, *Teológica I...*, op. cit. p. 63.

²⁰ Cfr. DERRIDA, Jacques – DUFOURMANTELLE, Anne, *La hospitalidad*, trad. M. Segoviano, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2014, pp. 123-124.

²¹ Carla Canullo desarrolla fenomenológicamente la configuración de la persona a partir de

Nunca más recuperaré el hombre esta mirada en la que difícilmente se distingue la identidad del que mira y del que es mirado, excepto al final cuando los ojos de los moribundos se dilatan con una atención terrible, silenciosa, para volver a ver aquello de lo que la criatura, al entrar en la vida, se había apartado.²²

En el final del quinto volumen dedicado a la gloria en la metafísica moderna presenta el reconocimiento del milagro del ser y la cuádruple diferencia a partir de la experiencia interpersonal del niño y su madre, en cuya relación de amor se produce el despertar ontológico primordial:

Su yo brota en la experiencia del tú: con la sonrisa de la madre gracias a la cual él experimenta que se encuentra insertado, afirmado, amado en algo que incomprendiblemente lo rodea, algo real, que lo guarda y lo alimenta. [...] El despertar de su conocimiento es algo tardío en comparación con este misterio abisal que lo precede en una perspectiva incalculable. La conciencia ve limitadamente lo que estaba allí desde hacía tiempo y, por tanto, sólo puede confirmar. Un buen día se despierta una luz soñolienta como luz vigilante que se reconoce a sí misma. Pero se despierta al amor del tú, igual que en el seno del tú había antes dormido. La experiencia de la entrada consciente en una realidad que lo protege y lo abraza, deja algo que no podrá superar la conciencia posterior que crece y madura. Es natural, pues, que el niño vea lo absoluto, perciba a "Dios" en su madre y en sus procreadores (Parsifal, Simplicius) y que sólo en un segundo y tercer estadio tenga que aprender a distinguir el amor a Dios del amor experimentado. [...] No hay ningún encuentro –con amigos o enemigos o millares de indiferentes– que pueda añadir algo al encuentro con la primera sonrisa de la madre. "Si no os hacéis como este niño, no entraréis en el reino de los cielos": esta frase es una tautología. La experiencia primera contiene ya lo insuperable.²³

La diferencia ontológica es experimentada en el espacio vital de la relación personal del amor materno-paterno que sostiene y cobija. A este "fogonazo originario", "acto de única y simple plenitud" se referirá en otro artículo dedicado al conocimiento de la realidad de Dios,²⁴ donde vuelve sobre la sonrisa

las dilataciones, invenciones y respuestas que acontecen en la relación entre la madre y el hijo como sorpresa causada por la interrupción de la vida. Cf. CANCELLO, Carla, *Ser madre. Reflexiones de una joven filósofa*, Salamanca, Sígueme, 2015, pp. 15-25, 55-62 y 106-110.

²² Balthasar, Hans Urs von, *El niño en el fragmento...*, op.cit. pp. 259-268.

²³ Balthasar, Hans Urs von, *Gloria. Una estética teológica 5. Metafísica*, Edad Moderna, trad. V. Martín y E. Hernández, Madrid, Encuentro, 1988, pp. 565-566.

²⁴ Cf. Balthasar, Hans Urs von, "Movimiento hacia Dios" en BALTHASAR, Hans Urs von, *Ensayos Teológicos III. Spiritus Creatus*, trad. B. Moreno Carrillo, Madrid, Encuentro-Cristianidad, 2004, pp. 35-48.

y la mirada materna como acontecimiento del rostro y de la carne común del hijo con sus padres. El asombro es recíproco. El fulgor de la presencia del amor absoluto es sólo un relámpago; luego viene la noche de la separación, la angustia, que provoca el hecho de que el mundo ya no puede responder a la primera intuición. La llamada de la madre actúa como "sustituto" de la llamada de Dios: puede enturbiarse, degradarse a causa del egoísmo, la injusticia, la crueldad. Y sin embargo, la experiencia no se borra ni desaparece. El proceso trinitario, que revela lo más íntimo de Dios, no se presenta entonces como *abstractum* sino como relación personal originaria.

De la identidad humana se pasa a la identidad arquetípica que acontece en lo creado dentro del proceso de separación de personas que se mantienen unidas por el amor: *imago trinitatis* oculta pero no del todo invisible. En la comunión trinitaria, el Hijo nos incluye en su nacimiento eterno del seno del Padre: es el don del nacimiento divino, cuyas notas son el asombro del Hijo por el amor del Padre, siempre mayor, por eso el comparativo es la forma lingüística de la admiración. La mirada puesta en el Padre acontece en la acción concreta del Espíritu; la filiación es, pues asombro del niño, y también es gratitud, tiempo de juego no tasado ni medido sino aceptado con toda paz.

La primacía de la filiación respecto al acontecimiento redentor, afirmada por el último Balthasar, nos pone ante el ser último y definitivo de la revelación de Dios como plenitud de comunión, amor desbordante y fecundo. El Prólogo del evangelista Juan no habla de la cruz sino de la Palabra de Dios, del Hijo de Dios que ha tomado carne humana y que da a quienes lo reciben el poder de nacer de Dios, de ser hijos adoptivos.

El recíproco hospedarse de las personas divinas es, pues, el fundamento de toda hospitalidad humana, que es donación y recepción, paternidad, filiación y comunión en el amor. En la mirada penetrante del Cristo del pintor francés expresionista Georges Rouault (1871-1958) encuentra Balthasar la manifestación del amor loco de Dios.

Estamos ante el fenómeno originario y doblemente saturado de la revelación en el que se entrecruzan y se potencian entre sí los cuatro tipos descritos por Marion, a saber: el "acontecimiento histórico" salvífico amoroso que pide ser interpretado, la "obra de arte" como ídolo en que se da la visibilidad de lo invisible, la "carne" como autoafección que llama mediante el sufrimiento y el gozo, el rostro del otro que descentra.²⁵

²⁵ Cf. Scamoni, Juan Carlos, "Los fenómenos saturados...", art. cit., p. 5.

A partir de la recepción fenomenológica de Marion, la circularidad hermenéutica entre teología y filosofía nos abrió a una nueva posibilidad: la de introducir en el segundo círculo de recepción de la estética de Balhaus la hospitalidad trinitaria como fundamento del fenómeno doblemente saturado de la revelación del misterio de la infancia, que en el comienzo nos revela el final: ser hijos en el Hijo. Nuestro nacimiento en Su filiación divina nos hace hijos. Porque asume las heridas de la vincularidad humana en la comunión, allí donde el "llamado" encuentra su consumación en el *parthos* estético y en la palabra que pronuncia dramáticamente como "respuesta testimonial", allí es posible pensar en la hospitalidad que al unir manteniendo las diferencias entre las fronteras de lo humano y lo divino, puede también ser puente de acogida entre los seres humanos entre sí y con el mundo.